

MADRID.—12 reales al mes en la Redacción, Administración y demas oficinas del periódico, establecido en la calle de la Grada, núm. 24.—También se suscribe en las librerías de Bailly-Ballière, calle del Príncipe, núm. 11; Cuesta, calle de Correas, número 3; Lopez, calle del Circo, núm. 29; Durán, calle de la Victoria, núm. 3; y en todas las demas principales librerías de esta corte.

PROVINCIALES.—32 reales al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración, o que una persona, ó convenga directamente en letra, libranza ó sellos de correos en circulación. En las provincias indirectas en los señalamientos de correos y principales librerías, ó en esta empresa contra el suscriptor, costean 50 reales el trimestre.—Ultramar y estranjero, véase al fin.

MADRID.

19 DE DICIEMBRE.

Con la clausura del Congreso parece que está paralizada la política; pero, sin embargo, esto no pasa de ser un aparicion, porque hoy mas que nunca se agitan los círculos de la corte ciertas cuestiones que en breve han de ser la causa de muchos y variados debates. El Senado no será precisamente el palenque donde luchen las oposiciones con las ya desconcertadas huestes de la union liberal; la discusión de la ley de ascensos militares, y despues la de los presupuestos, ocupará algun tiempo al alto cuerpo colegislador.

En el Congreso es donde hemos de ver algo nuevo, y esto no sucederá regularmente hasta pasadas las próximas Pascuas, porque, segun se dice, hasta entonces no se reunirá la Cámara popular.

Por ahora los jefes de la union liberal van á dedicarse á la caza, en amigable consorcio con ciertos pájaros de cuenta.

Las noticias del dia son insignificantes, porque todo se reduce á las apreciaciones que cada uno hace sobre lo que ha de ocurrir en lo sucesivo.

La prensa ministerial se entretiene en cuestiones personales, prueba clara de que las doctrinas no son mas que una parte muy secundaria de la actual situación. Nosotros no hemos de seguirla en ese camino, porque poco bueno podríamos decir respecto á los que la inspiran.

El Sr. Calvo Asensio, segun se asegura, prepara una proposición, ya que el gobierno no ha querido contestar á su interpelacion anunciada sobre la inmoralidad política.

Parece que tambien los Sres. Olózaga y Sagasta disponen el arsenal de donde han de sacar sus argumentos, como otras tantas bombas caerán sobre el ministerio vicelbarista.

En fin, el gobierno tiene de tiempo todas las Pascuas para prepararse á devolver los golpes.

Del estranjero tampoco se ha sabido nada importante, y lo mas notable lo encontraremos en nuestros lectores en la seccion correspondiente y en los partes telegráficos últimamente recibidos.

Sin que jamás hayan alcanzado á impedirlo ni los poderes mas tenaces en la resistencia, ni las instituciones mejor combinadas para la inmovilidad, caminan los tiempos, las generaciones se siguen, y las ideas humanas, que tanta acción ejercen sobre los sucesos históricos, experimentan á su vez la influencia del mundo exterior, el cual, en novedades sorprendentes y catástrofes imprevistas, nos presenta cada dia la mas provechosa de las enseñanzas.

Y entre tales ruinas, en medio de tanta fluctuación y movimiento de sucesos y opiniones, solo permanecen á guisa de islas, rodeadas por las olas de la vida, las leyes fundamentales del mundo moral; tan inabiolable asilo les ofrece la conciencia del linaje humano, que sobreviven fijas é inalteradas, resistiendo á los terremotos políticos, y sobrenadando en el naufragio de repúblicas y de imperios.

Del precepto general á que están sometidos los pueblos, así como todas las congregaciones humanas, aun menos posible es que se eximan los partidos políticos. Tambien para ellos corre el tiempo; pero corre aun con mayor celeridad y estrago en medio de luchas, que no solo alteran diariamente las relaciones respectivas, sino tambien consumen el vigor, apagan los bríos de sus constituciones, y destruyen el prestigio de los mas ilustres, á veces hasta hacen vacilar el ánimo de los mas sinceros.

De donde se infiere cuán indispensable es el que los partidos condenados á obra que requiere tal consumo de fuerzas, se apliquen sin cesar á reponerlas y recobrarlas; que abran de par en par las puertas de su iglesia, en vez de cerrarlas con exclusividad y desusada intolerancia; que no quieran cortar la cadena de los tiempos, siendo tan cierto que nunca ha

de interrumpirse, y que abriendo los ojos á ejemplos de la naturaleza, se prestan en las ostacaciones sucesivas de su vida á recibir la nueva savia de que han menester para rejuvenecerse y vivificarse.

Jamás se presentó á partido alguno necesidad tan imperiosa como la que obliga en estos momentos al moderado español á reunir y reparar sus fuerzas, acrecentándolas si es posible, y sobre todo á darse cuenta del temple de las armas que ha de emplear acaso en un supremo combate, al cual sería sobremanera descaído quien se aventurase sin reconocer, y desiguar de atemano el terreno convulso.

Nunca experimentó tampoco la sociedad mayor urgencia de que acudiera á su defensa y amparo de sus trascendentales intereses los hombres convenidos, sea cual fuere su origen y procedencia, pero sobre todo los que tienen ligados su nombre y antecedentes con los del gran partido del orden público. Y al hablar de esta suerte no aludimos, ¿cómo habíamos de aludir? al órden externo y material cuya perturbacion se nota en la plaza pública, y que está á cargo de la policía y de las patrullas; á ese órden material que se apresura á restablecer los mas vulgares facciosos, y que deseara y protegera el mas oscuro de los CATILINAS al dia siguiente de su triunfo.

Aludimos en esfera mas elevada al órden de las ideas, las leyes y las grandes influencias sociales: á esos eternos principios que se fundan en el respeto profundo del derecho, en el culto de la inteligencia, en la veneracion de la ley moral, y en el afianzamiento de las tradiciones públicas y privadas siempre conciliables con los adelantos positivos. Aludimos á las sanas doctrinas de régimen político que no son patrimonio esclusivo del partido moderado español, sino de todos los grandes partidos conservadores en el vasto campo de la humanidad y la historia.

Cuán necesario sea hoy dia invocar estos impercederos recuerdos y apelar á estas máximas, sin las cuales no hay para los Estados bienestar ni tranquilidad que dejen de ser efímeros, apenas hay para que apuntarlo en presencia del estado actual de las cosas públicas, donde vemos á cada momento, encubierta bajo apariencias poco engañosas, la conculcacion mas temeraria de las máximas eternas de la justicia, y el dosden mas altanero hácia cuantas ideas, respetos y obligaciones, habian merecido hasta ahora que el género humano incluyera y humillase su frente.

Preciso es sondear el mal en toda su profundidad para fortalecer nuestro ánimo y justificar en lo futuro nuestras aspiraciones. Nos hallamos frente á frente de un sincretismo bastardo, donde andan confundidos los antecedentes mas opuestos, las ideas más antagónicas, los personajes mas divergentes en historia y doctrina, sin mas lazo que el de la pasión y el interés, que en vano se empeñan en mantener siempre. Nos hallamos delante del caos, caos semejante cubierto con una capa exterior de sosiego y de calma; pero en su seno preñado de odios y de discordias, y para el porvenir, si la Providencia no nos salva, si nosotros mismos no ayudamos á salvarnos, fucado en tempestades sociales.

Si en la situación actual el órden público, falto de bases sólidas y fiado á la azarosa tutela de la fuerza material, es solo exterior y precario, tampoco el liberalismo es mas si no nominal é ilusorio.

Que en la larga y laboriosa historia de los gobiernos moderados, en sus trances mas críticos, por la agitación de sus administraciones, ó por que internaz disensiones, hayan salido á veces de su órbita propia, hayan recurrido á medidas extraordinarias, convertidas tal cual vez en precedentes funestos, no hay para que negarlo. Que tire contra ellos la primera piedra quien, envuelto en una lucha desahogada, nunca se hubiese visto arrastrado sin embargo por el impulso de las pasiones de amigos y adversarios, ó por la necesidad estrema de la salud pública.

Pero oiteseos una de esas medidas, uno de esos abusos de autoridad que no haya sido copiado, aca-

so con exageracion, por los hombres llamados en junio de 1858 á cumplir las promesas regeneradoras de la union liberal, toda vez que su interés lo ha pedido, siempre que la medida de sus peligros ó de sus pasiones lo ha reclamado. Cítesenos en dos años y medio de gobierno de tantas cuantas se ofrecieron, y de tantas otras como realmente se necesitaban, cuál es la correccion útil que han llevado á cabo en la economía de los poderes públicos, en el régimen de la imprenta, en el organismo electoral, en el mecanismo administrativo de provincias y pueblos. Vigentes están hoy mismo las leyes mas impopulares, las mas desacreditadas, las que suscitaban mas rícos clamores. Vigentes en su letra, hemos dicho; pero si alguna vez lo necesitaron, falseadas en su espíritu y ejecucion, por quienes al ejercitar la política moderada en posiciones mas ó menos subalternas, administrativas y parlamentarias, solo se aplicaron, segun parece, al estudio de las interpretaciones abusivas, y á sorprender el secreto de las viciosas corrupciones que pudieran dar margen la aplicacion de leyes más acertadas, que nunca tuvieron otro carácter sino el de provisionales y transitorias.

Y cuando apurados los plazos de la tramitacion parlamentaria, ó de impaciencia pública, ha llegado el dia tan temido de indeclinable de discutir y reformar esas leyes ¿qué ha reservado ver? A juzgar por lo que ya hemos visto, sabemos, plena carencia de sinceridad en las ofertas, y lado de una falta tambien absoluta de originalidad en los ensamblamientos.

Las mismas leyes replanteadas con peor forma y estilo, sin adelantar un solo paso hácia su perfeccionamiento sustancial; conservados con escrupulosos esmero, los vacios por donde se introduce el abuso; y todo ello adicionado con cuantas combinaciones artificiosas ha podido descubrir el casuismo oficinesco en obsequio de la arbitrariedad y la corrupcion.

Ni una sola concesión á la imprenta tan halagada en otro tiempo, luego tan escarnecida y maltratada: ni una sola medida eficazmente enmendada á realizar el prestigio del Parlamento, ni un solo tributo de respeto á la importancia histórica tan grande en España de la administracion municipal, ni un solo paso que tienda á garantizar la libertad de los electores.

En cambio cuanta sutileza y disimulo para dar á la influencia burocrática y ministerial mayor latitud y ensanche, traspasando limites siempre respetados por gobiernos anteriores: cuantas novedades microscópicas y vergonzantes, cuyo conjunto revela un plan combinado de hostilidad contra cualquier linaje de resistencia independiente, y una tentativa insensata de absorber la escasa vida que aun conservaban pueblos y provincias.

No es esta ocasion adecuada para penetrar en semejante laberinto; bástenos señalar como muestra de la mala fe, y de la mala voluntad que se emplea en estas osadas, el rasgo mas gráfico de ese conjunto de leyes tan tardamente elaboradas por el gobierno.

Sin hacer diferencia entre la mas humilde aldea y la capital mas populosa y floreciente, no se trata nada menos sino de que los representantes electivos de la autoridad popular, queden reducidos á la condicion dependiente y precaria del funcionario amovible.

No cometamos la torpeza de creer que esta disposicion legislativa va meramente encaminada contra el decoro del poder municipal. Cuando en toda la estension del territorio los alcaldes sean otros tantos agentes de la autoridad central, y en su calidad de tales, estén á merced del ministro, el gobierno contará con agentes dóciles ya que no autorizados; pero llegado el caso de renovar el Parlamento, los electores tendrán motivo para echar de menos hasta las épocas mas calamitosas y tristes para la libertad del sufragio.

Dudoso parece que salga el gobierno adelante con novedad tan peligrosa; pero no es menos difícil que saque su dignidad á salvo, si en materia tan grave y premeditada retrocede y transige ante el escándalo ya causado por una tentativa pública y patente. De

una ú otra manera sus miras son transparentes, su hipocresía seria ahora tan estemporánea como la perspicacia de sus adversarios, porque nadie necesita levantar los velos de una política, cuando ha creído ella misma llegados los tiempos de descubrirse.

Notorios son, pues, los deberes que el estado de los negocios públicos impone doblemente al partido moderado, no solo á fuer de conservador, sino tambien de liberal. Ocasión es de que recuerde las épocas mas brillantes de su historia, y de que no desperdicie tampoco los escarmentos, amargo, pero útil fruto de la adversidad; tiempo es de que mire alrededor de sí, y de que, tendiendo ademas la vista del otro lado de las fronteras, contemple el espectáculo general de los negocios europeos, para medir la gravedad de los peligros, y hacer cuenta del dinero que se necesita para conjurarlos. Tiempo es de que demuestre con nuevo ejemplo que los partidos conservadores son esencialmente aptos para el gobierno, porque saben combinar la veneracion inmutable de los principios sociales con el espíritu práctico, cuya elasticidad se acomoda á las circunstancias de los tiempos para dominarlos y dirigirlos.

Para ser gloriosos su historia le haría el inmenso servicio de haber aclimatado el gobierno constitucional por medio de hábiles temperamentos y sucesivas transacciones en un país donde el despotismo de tres siglos no habia establecido otros hábitos sino los de silencio, oscuridad y obediencia pasiva en materias de gobernacion y de estado. Preciso á toda costa era templar y contener el ardor de los impacientes, al paso que cobraban seguridad los desconfiados, y se preparaban los pueblos á la novedad de un sistema de discusion y tolerancia.

En aquellos primeros ensayos del régimen parlamentario y del partido moderado hubo ciertamente quien dijera estaban estos los cimientos sobre los cuales se habia de elevar el edificio político de las modernas instituciones; pero ¿quién moderado entonces, ni despues hasta el dia, se ha dado cuenta de la presuntuosa idea de que habia sido el punto de partida hasta el punto de su coronamiento y remate.

Y como sin embargo han pasado desde aquella época hasta la presente largos años de iniciacion, parece llegado el instante anunciado tantas veces, y ahora reclamado por los sucesos, de que adquiera el partido moderado nuevos y no menos preciosos timbres, contribuyendo á levantar las barreras que se oponen á la marcha regular y ordenada del sistema representativo.

La tradicion no se quebranta ni vulnera, aunque demos nuevos pasos en el camino por donde han marchado nuestros predecesores. No renunciemos á las máximas esenciales de la fe conservadora, sino antes por el contrario, arreglemos á ella rigidamente nuestra conducta, sin prestarnos á sacrificios que antes exigiera el imperio de las circunstancias. Resuavencia la pureza de las doctrinas y destorceda la indisciplina que es en los partidos compañera inseparable de laxitud de las conciencias, colocados al nivel de los tiempos, fortalecidos con el asentimiento de las nuevas generaciones á quienes solo aleja el espectáculo de la inmovilidad sistemática, aperechamos francamente para el combate.

Es indispensable poner freno de una vez para siempre á la arbitrariedad ministerial, y caminar hácia la emancipacion en el estado y las localidades del saber, de la probidad y de todas las influencias legítimas. Es preciso obligar al gobierno á que de hoy mas renuncie á una intervencion excesiva é invasora en las operaciones electorales. Urge constituir un cuerpo de jueces justos y razonables la independencia municipal, como prenda de buena administracion y garantia cierta del libre ejercicio de los derechos políticos. Es necesario restablecer la autoridad moral del Parlamento, por virtud de medidas que hagan palpable el desinterés é imparcialidad de las mayorías.

Y como damos menos valor á la forma externa, fundada en reglas escritas, que al sentido íntimo y moral de las instituciones, es de rigor que busque-

auxilio en la opinion para lanzar el anatema de la inobediencia general contra los poderes que repudian su origen, y los partidos que hacen escarment de las creencias.

Mas para ver los efectos de nuestro patriotismo, los conatos de un solo partido serian acaso ineficaces. En circunstancias tan azarosas y estremas, á todos circunstantes la obediencia, á todos alcanza el interés, de todos debe ser el objeto. A cuantos se sientan animados por el deber del bien público, sea cual sea la bandera bajo que militen, á esos les corresponde una parte en esta obra de salvacion, y á todos les está reservada su gloria.

Grande es nuestro error si na está próximo el dia en que los partidos han de entorpecerse, no ya para formar inmorales amalgamas, donde cada cual entregue su fé á cambio del logro de su ambición, sino para apaciguar odios añejos, para imponer silencio á desvarios insensatos, para dar tregua á pugnas y reminiscencias intempestivas, que en provecho ageno diviertan la atencion popular de los males que la nacion padece, y de los mas graves peligros que la amenazan. En ese concierto del deber y del honor, nadie hará abandono de sus doctrinas, sino solo de su impaciencia y de sus resentimientos; nadie abjurará de sus precedentes, ni irá una línea mas allá de sus convicciones. Pero todos confundirán su interés en el interés general, su acción en el esfuerzo comun, hasta que terminada nuestra regeneracion constitucional, se vea cumplido el fin legal, definido, y previsto de esta cruzada de la razon y del órden público.

El Leon Español ha dejado de publicarse. El Contemporáneo se encarga de cubrir sus suscripciones; no crean, sin embargo nuestros lectores que pisamos por voz primera la arena política para seguir las huellas de aquel periódico ni de otro alguno; demasiado jóvenes todavía, con el alma llena de entusiasmo y el pensamiento fijo en una idea, nos presentamos ante el criterio público sin historia.

Amamantados en la escuela conservadora, hijos del partido moderado español, defendieramos con fé y constancia nuestros principios haciendo abstraccion de las personas. El artículo con que nuestra publicación comienza, sintética, en cuanto es posible, nuestras ideas. No mas exageraciones reaccionarias; osea de un zigzag el olvido de la fadale verdadera del gran partido que se ha de mantener, en dias de prueba, los preceptos de la escuela liberal, únicos salvadores en la sociedad existente, con el respeto á las instituciones que son el mas firme apoyo del órden público; mision primera de los gobiernos justos.

Ajunos á las evividas de antiguas partidas, exentos de todo rencor, desengañados tal vez por perniciosos ejemplos, levantamos nuestra voz, no autorizada, sino por la sinceridad de nuestros sentimientos, escitando á los hombres verdaderamente liberales para que piensen un momento y se acuerden cuál es el camino por donde el gobierno marcha. ¿Qué se hecho de tanta promesa? El período de las negociaciones ha concluido; hemos llegado al principio de las soluciones prácticas. Los que ya venían están ciegos, ridiculo seria abrigar ninguna esperanza.

Los hombres que tienen fé en sus creencias, los amantes verdaderos de la escuela liberal, cuando están convenidos que solo dentro de la aplicacion mas sincera de aquellas máximas está la salvacion de los eternos principios de justicia en las naciones modernas, necesitan agruparse. El interés es comun consiga el mejor el triunfo.

En medio de toda tiranía, sea cualquiera la forma con que se presente, entusiastas de la verdad sobre todo en la region de los negocios públicos, combatiremos con toda la energía de nuestro corazón con toda la fuerza de nuestra inteligencia, á un gobierno tan pródigo de prometiimientos como parco de realizaciones; pero jamás aparecerán en nuestros juicios calificaciones bastardas, agresiones personales ni dictámenes impúdicos; respetuosos como todo hombre que

FOLLETON DE EL CONTEMPORÁNEO.

LOS DRAMAS DE PARIS.

POR EL VIZCONDE PONSOU DU TERRAIL.

SEGUNDO EPISODIO.

EL CLUB DE LOS ESPLOTADORES.

—¡Oh, la muerte, la muerte, gritó, la muerte venid á vengarme!

—Señora, dijo la marquesa siempre tranquila y llena de mansedumbre, ¿queréis morir así? ¡No creéis en nada! ¡Oh! decid una palabra, decid que habeis cesado de odiarme, y no moriréis. Tomad la verdadera piedra azul... vengo á salvaros.

—La Natha hizo un esfuerzo, miró á la marquesa, y con un gesto dió una feroz carcajada.

—¡Oh! dijo, ¿está la piedra en tu poder? ¿Tú eres quien puede salvarme?

—Sí, he venido á eso.

—Prefiero morir á deberle la vida. Te odio como las tinieblas odian la luz del sol... Te odio... te detesto.

En aquel momento entraron dos nuevos personajes. El marqués Van-Ho y Baccarat.

—¡Ah, gritó Dai-Natha; Hércules, ¿has tenido miedo? ¡Te ha temblado el corazón... tu corazón ha sido débil... tanto amas á esa mujer culpable!

—¡Cállate, infame! contestó el marqués.

Y dando un paso hácia su esposa, echó una rodilla

verdadera... y puesto que no queréis deberme la vida, la devuelvo á mi esposo... él os salvará.

El marqués tomó la piedra y la introdujo en el vaso de agua, diciendo lentamente:

—Dai-Natha, aun es tiempo, ¿quieres vivir? Pues pide perdón á la noble criatura que acaba de implorar tu gracia.

—¡Jamás! ¡Jamás!

Sin embargo, en el último momento, cuando ya su vista se oscurecía y el frío de la muerte la helaba los miembros, Dai-Natha sintió triunfar el amor á la vida, y al ver aquel líquido azulado exclamó:

—¡Dadme, dadme de beber!... ¡Yo quiero vivir!

—¡Pide perdón! gritó el marqués.

—Perdon, murmuró Dai-Natha vencida.

El marqués cogió el vaso é iba á aproximarlo á los labios de la agonizante, cuando Baccarat, hasta allí testigo inmóvil de aquella escena, le detuvo por el brazo, diciendo:

—No, si esa mujer quiere vivir, es preciso que nombre sus cómplices; es preciso que designe á esos hombres á quienes habia prometido cinco millones.

—¡Son dos, habéuse Dai-Natha con voz moribunda.

—¿Su nombre?

—El uno se llama Cambolh.

—¡Oh! yo le mataré, exclamó el marqués.

—El otro, el otro, preguntó Baccarat esperando oír el nombre de sir Williams, el otro jefe.

—El de Nueva-York?

—Sí, su nombre, su nombre.

Dai-Natha abrió los labios, y sin duda iba á pronunciar el nombre de aquel demonio. Pero la voz escapó en su garganta, y estendió la mano convulsa hácia el vaso de que Baccarat se habia apoderado.

—¡Su nombre! volvió á exclamar esta.

—Dai-Natha hizo el último esfuerzo; lanzó un grito terrible y cayó muerta.

Baccarat habia esperado mucho; el veneno era muy activo, y Dai-Natha se llevaba á la tumba la última palabra de aquel espantoso enigma, el nombre de aquel genio infernal.

LXXXIV.

Durante estas espantosas escenas, dos hombres espíaban separadamente el resultado de sus tentativas criminales.

Sir Williams, envuelto en una capa que le cubria el rostro, estaba inmóvil en la callejuela á que tonia una salida el jardín de Mad. Malassis.

Trascurria mucho tiempo, y Williams se impacientaba, pensando involuntariamente en Baccarat.

Esperó algunos minutos mas; pero como continuaba el profundo silencio, se dirigió á la calle de Pepiniere decidido á penetrar en la casa, y ver por sus propios ojos lo que pasaba.

En efecto, así lo hizo, y le recibió Fany casi loca de terror.

—¿Qué ha sucedido? exclamó con voz terrible, habla ó te estrangulo. ¿Dónde están? ¿Dónde está Que-rubin?

—No ha venido.

—¿Dónde está Baccarat?

—Ha partido con el marqués.

—¿A dónde han ido?

—A casa de Dai-Natha.

—¿Todo se ha perdido?... ¡Siempre Baccarat!

Y en un acceso de furor, sacó un puñal y lo introdujo hasta la empuñadura en la garganta de Fany, que murió en el acto.

—Al menos, exclamó Williams, tú no venderás mi secreto.

El asesino se alejó de aquella casa murmurando:

—¡No quiero que Armand se me escape como los otros! ¡Me vengaré!

De esas inspiraciones de terrible audacia, que solo puede concebir el genio del mal, germinó de repente en su cerebro. Cuando estuvo en la calle, en vez de huir sir Williams, se metió en un carruaje que pasaba, y dijo al cochero:

—Avenida de Lord-Byron.

LXXXV.

El otro personaje que espíaba como Williams, pero en distinto punto, era el vizconde de Cambolh.

A las nueve de la noche volvió á la casa de la indiana. Un criado le introdujo; atravesó el salon temblando, llegó á la puerta del gabinete... se abrió aquella y entró.

Pero de repente retrocedió pálido y turbado, al ver el espectáculo que se ofrecía á sus ojos, comprendiendo que todo se habia perdido.

—¡Aquí hay uno! exclamó Baccarat con aire de triunfo.

—¡Caballero, dijo el marqués, podría mataros ahora; pero prefiero que os defendáis. Bajemos al jardín. Antes de que Rocambolo pudiera responder, volo en pedazos con estrépito una puerta del fondo del gabi-

nete, y penetró por ella un nuevo personaje, que rápido como el relámpago se precipitó puñal en mano sobre Rocambolo y le introdujo el arma en el pecho, gritando:

—¡Ah, bandido! hace un mes que te sigo sin cesar; ahora no escaparás, y los explotadores perderán su jefe.

Aquel hombre que acababa de herir á Rocambolo, no era sir Williams, no era sir Arturo Collins, sino el piadoso vizconde Andrea, el hermano querido del conde de Kergaz, el santo varon que se habia impuesto el ensargo de exterminar el club de los explotadores.

Desde entonces el vizconde Andrea era á los ojos de todos un noble corazón, que no podia tener nada de comun con el jefe misterioso, cuyo nombre continuaba siendo un enigma.

Y Baccarat, sorprendida de tanta audacia, comprendió que una vez mas triunfaba el genio del mal. Pero Baccarat tenia fé en Dios, y Dios estaba con ella.

LXXXVI.

Tenemos que ocuparnos en este momento, olvidando algun tanto á los personajes del drama que estamos refiriendo, del conde y la condesa de Kergaz, héroes primitivos de la accion.

Tres meses habian trascurrido.

En una bohardilla de la calle de Flandes, una tarde de mayo se hallaba recostado sobre una mala cama, un joven pálido y delgado, cuyo rostro denotaba anteriores sufrimientos. Al lado de la cama estaba en pié una mujer anciana.

—Mamá, dijo de repente el joven; ¿en qué dia del mes estamos?

—En el 14, hijo mio, respondió la vieja.

—Va á hacer tres meses que me encuentro en este sitio.

—Sí, y por milagro de las santas.

—¡Bah! el diablo me conmigo.

—Preciso es decirlo.

—Ya me está saliendo un poco.

—Es preciso que venga el capitán.

—¡Bribon de capitán! por poco no me mata al otro mundo. Pero es hombre de genio.

El que así hablaba era Rocambolo; la mujer, la viuda Fipart.

Daremos algunas explicaciones sobre los sucesos anteriores.

A la mañana siguiente del drama español que antes referimos, la justicia encontró á Rocambolo respirando todavía, y á Dai-Natha muerta.

Un criado habia robado todas las alhajas de su señora, huyendo durante la noche.

Rocambolo fué transportado á un hospital. Entre la gente corrió el rumor de que el joven herido era el amante de Dai-Natha, quien le habia dado de puñaladas en un arrebato de celos, envenenándose en seguida.

La juventud y la medicina salvaron á Rocambolo. Pocos dias despues recobró completamente el conocimiento en un hospital, y recordó cuanto habia sucedido. Pero su inteligencia le dió á entender que para evitarse declaraciones convenia seguir flagiando el delirio. En efecto, continuó desempeñando perfectamente el papel de idiota.

Un dia se presentó una vieja al director del hospital, pidiendo ver al herido, que pensaba era su hijo. La condujeron al cuarto del enfermo, y al ver á Rocambolo, se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio!

Y al mismo tiempo añadió en voz baja:

—No me contradigas, porque te prederá la justicia.

Rocambolo no respondió, pero estrechó á la vieja, que era la viuda Fipart.

Despues la miró con atencion y dijo:

—¡Ah, eres tú, mamá!

La viuda se encargó de espigar el enigma de la vida del joven se llama Fernando José Fipart, que tres años antes era un pobre viciado de un cabaret inglés con quien se casó á Inglaterra. Tres años despues, un día de pobreza viuda vino llegar un joven elegante y rico, que por era otro que el ven elegante de su vida. La historia de su trasfondo y de su vida á haber enamorado á una indiana llamada Dai-Natha, la cual era tan celosa que muchas veces le amenazó con la muerte si descubria una infidelidad.

La viuda reclamó á su hijo. Los médicos declararon que este habia perdido la razon, y fué trasladado á su madre á la bohardilla donde le encontraron tres meses despues.

(Se continuará.)